

Una de sus habilidades fué rebuscar y reavivar todos los recuerdos de Napoleón I. ¿Quién habría osado censurar esa solicitud patriótica ó esa piedad familiar? Exaltando el primer imperio, se popularizaba el imperio nuevo. El Código civil volvió á denominarse *Código de Napoleón*; un decreto declaró fiesta nacional el 15 de agosto; nombróse una comisión que reuniera y publicara las obras del Emperador; buscóse con más afán que nunca á todos los veteranos de los ejércitos imperiales y más que nunca se les colmó de distinciones; y finalmente, el 5 de mayo, aniversario de la muerte del desterrado de Santa Elena, unos funerales, pomposamente anunciados, congregaron en Nuestra Señora no sólo á todos los funcionarios de la jerarquía civil y militar, sino además á todos aquellos que querían hacer ostentación de su lealtad. ¡Cosa extraña! La República, muerta de hecho, pero oficialmente viva, había tenido también su aniversario el día antes: el día 4 de mayo de 1848 habíase reunido la Asamblea constituyente, y un decreto, que se habían olvidado de derogar, ordenaba que se celebrase esta fecha; pues bien, aquel día, en la desierta nave de la antigua basílica, el sacerdote había subido al altar para dar gracias á Dios por la fundación de la República. ¡Fiesta solitaria é irrisoria que más que una acción de gracias parecía la oración de los agonizantes!

La agonía no podía prolongarse indefinidamente, y como decían los familiares, más impacientes que el mismo señor, era preciso acabar con aquella situación; Luis Napoleón, por consiguiente, avanzó con paso algo más resuelto hacia su meta, aunque sin precipitarse todavía. Ya se había hecho señalar por el Senado una lista civil de doce millones, y de todas las imitaciones monárquicas, esta había sido la más apreciada, no por el Presidente, que era muy sencillo en lo que personalmente le afectaba, sino por los que le rodeaban y que de sus prodigalidades vivían. Ciertas medidas de rigor contra los diarios pusieron al descubierto las intenciones hasta entonces disimuladas: habiendo el Sr. Girardin combatido en *La Presse* la idea de la proclamación del Imperio, fué objeto de una amonestación; y en los departamentos, los prefectos extremaron el pensamiento del príncipe y su susceptibilidad imperialista mostróse aún más excitada. A todo esto, vagas noticias policíacas señalaron ciertas recrudescencias ofensivas de las facciones socialistas, tales como una sociedad secreta que celebraba sus conciliábulos cerca de la barrera de Fontainebleau, y algunas huelgas ó tentativas de huelgas en San Quintín, Angulema y La Fleche; en el Mans se habían fijado carteles sediciosos; en Lilla y en Metz habíanse proferido gritos subversivos, y en una excursión á los alrededores de Vichy había sido insultado el general Saint-Arnaud. La ocasión pareció muy á propósito para evocar el peligro social y reanudar el papel de salvador, y comenzaron á circular, primero por los Charentas, esa cuna del bonapartismo, y luego por el Mosa, peticiones favorables al Imperio, algunas de las cuales estaban concebidas en términos extraños, habiendo una que pedía la estabilidad del poder para asegurar «la libertad política.» En el mes de julio se verificaron elecciones departamentales en medio de una indolencia y de un cansancio que permitían acometer cualquier empresa; pero esta misma indiferencia indicaba clara-

mente que la nación, aun estando muy dispuesta á hablar, no hablaría si no se la incitaba algo á hacerlo. De los consejos generales reunidos en sesión, nueve pidieron el restablecimiento del Imperio; cuarenta y nueve, menos explícitos, se limitaron á manifestar su deseo de que el poder se consolidara y perpetuara, y veintisiete se concretaron á firmar mensajes de felicitación. Aunque no resultara la unanimidad que tal vez se esperaba, mucho era ya lo que significaban tales votos; precisaba empero dar un golpe decisivo y salir por fin, después de tantas contempORIZACIONES, de aquella situación provisional: para conseguir tal objeto, para provocar aquella esperada consulta nacional, resolvióse que el príncipe emprendiera un grande y solemne viaje.

II

Cuando en 1850 había querido Luis Napoleón afirmar su suerte, cada vez más favorable, dejándose ver de la nación, no había dirigido sus pasos á los departamentos más tranquilos, sino á las regiones más trabajadas por el socialismo; y el éxito había justificado su varonil audacia. En 1852 sus propósitos se inspiraron en la misma confianza: su itinerario debía llevarle primeiramente en medio de aquellas provincias del centro, tan agitadas después del golpe de Estado; luego bajaría por el turbulento valle del Ródano y visitaría las grandes ciudades de Lyon y de Marsella; y por último, encaminaríase hacia el Sudoeste, permanecería en el departamento del Herault, asilo de las pasiones demagógicas mal extinguidas, y se detendría largo tiempo en Tolosa y aún más en Burdeos. Sólo después de estas pruebas sucesivas al través de los territorios dudosos, y de regreso á París, recibiría los homenajes de los fieles charenteses, en donde recogería las dulces aclamaciones de los pacíficos aldeanos turenenses.

A pesar de las probabilidades de un éxito favorable, los consejeros del príncipe no podían substraerse á cierta emoción en el momento en que debía realizarse un acto tan decisivo. «Mi viaje, decía Luis Napoleón á sus familiares, es una interrogación;» é importaba que la respuesta que á esta interrogación se diera fuese bastante clara para que el establecimiento del Imperio resultase no sólo fácil, sino además necesario. El primer departamento en donde el augusto viajero debía detenerse era el del Cher: el Sr. de Persigny, ministro del Interior, envió á buscar al prefecto y en una forma concreta y brutal, según unos (1), más disimulada según otros (2), le encargó que hiciera gritar: «¡Viva el emperador!» Una vez dado el primer impulso, tenía por cierto que lo demás vendría por sí solo; por otra parte, entre gentes que aspiraban al mismo fin las instrucciones eran superfluas. Todos los prefectos, lo mismo si se les estimulaba que si no, hallábanse poseídos de la misma emulación; en todas partes se convocaba á las municipalidades y se organizaban trenes de recreo; y en todas partes los veteranos del Imperio se disponían á agruparse en torno del sobrino de Napoleón y á dar la señal de las aclamaciones. Y como era preciso sobre todo evitar que algunos importunos vinieran á turbar la fies-

(1) M. de Maupás, *Mémoires*, tomo I, pág. 608.

(2) Granier de Cassagnac, *Souvenirs du Second Empire*, tomo II, págs. 146-147.

ta, en el Gard y en otros muchos departamentos, algunos demócratas indicados por la policía fueron previamente encarcelados con discreción oportuna. En el extranjero, las autoridades limítrofes se prestaron complaciente y espontáneamente á que la manifestación saliera á pedir de boca; así el intendente provincial del condado de Niza hizo internar prudentemente á los proscritos que allí se habían refugiado y de quienes era de temer que pasasen la frontera y, aventurándose á llegar hasta Marsella, se mezclasen con la comitiva presidencial. En medio de estas preocupaciones, el presidente, cuya serenidad contrastaba con la intranquilidad de sus amigos, no abandonaba su actitud reservada, casi modesta, y aun se insertó en el *Monitor* una nota invitando á las municipalidades á que se abstuvieran de magnificencias demasiado costosas y dedicaran á los pobres y á obras de caridad la mayor parte de las cantidades destinadas á los gastos de la recepción.

La partida se fijó para el día 14 de septiembre, y la primera parada debía hacerse en Bourges. A la caída de la tarde llegó el príncipe á la ciudad, que ya estaba iluminada: el recibimiento que le dispuso la población civil, más que entusiasta, fué favorable; pero al día siguiente, en que debía celebrarse una revista, el general de Noue, á quien unía con el Sr. de Maupás una amistad antigua, volvióse hacia sus tropas y dió el grito de «¡viva el emperador!» que fué inmediatamente contestado (1). En Nevers, adonde habían acudido en masa los marineros del Yonne y los leñadores y los armadillos de Clamecy, regiones en las cuales se habían reclutado los más furibundos socialistas, las aclamaciones fueron, á pesar de esta circunstancia, calurosas, pues los unos querían recobrar el favor perdido y los otros protestar contra los recientes excesos. Luis Napoleón pasó por Moulins, y después por La Palisse, otra población que se había distinguido en los recientes disturbios, y llegó á Roanne, cuyos habitantes se mostraron afectuosos, lo que no les impidió elegir quince días después un consejo municipal tan hostil que fué preciso disolverlo acto continuo. El 18, el presidente estaba en Saint-Etienne y el 19 en Lyon.

La gran ciudad había desplegado todas sus pompas para recibir á su huésped: bailes, revistas, fuegos artificiales, exposición regional, no faltó nada de cuanto podía atraer ó retener á la multitud. Pero, por muy seductor que fuese aquel espectáculo, la atención estaba fija en otra parte: había de inaugurarse una estatua del Emperador, sabíase que con tal motivo el príncipe pronunciaría un discurso, y se esperaban con ansiedad sus palabras. Luis Napoleón, con intención visible, insistió en el título legítimo del Emperador «elegido tres veces por el pueblo, consagrado por el jefe de la religión y reconocido por todas las potencias continentales de Europa.» «El Emperador, añadió, fué el mediador entre dos siglos enemigos: mató el antiguo régimen, aunque restableciendo todo lo bueno que este régimen tenía; mató también el espíritu revolucionario, pero hizo triunfar en todas partes los beneficios de la Revolución... Por esto, en cuanto el pueblo ha podido elegir libremente, ha fijado los ojos en el heredero de Napoleón, y por esta razón misma, desde París hasta Lyon, en to-

(1) M. de Maupás, *Mémoires*, tomo I, pág. 611.

das partes por donde he pasado, se ha lanzado el grito de «¡viva el Emperador!» El auditorio estaba pendiente de los labios del orador, creyendo que iba á formular un programa completo; pero su curiosidad sólo á medias quedó satisfecha, pues Luis Napoleón conducía sus evoluciones como un novelista conduce las peripecias de su obra, y jamás agotaba el interés de una vez sola. Planteó la cuestión sin resolverla del todo: «El grito de «¡viva el Emperador!» siguió diciendo, es un recuerdo que conmueve mi corazón más bien que una esperanza que halague mi orgullo. Salimos apenas de estos momentos de crisis en los cuales, confundidas las nociones del bien y del mal, se han pervertido; y la prudencia y el patriotismo exigen que en tales momentos la nación se recoja antes de fijar sus destinos. Más difícil es aún para mí saber bajo cuál nombre puedo prestar mayores servicios: si el título de Presidente pudiera facilitar la misión que me está confiada, en manera alguna desearía, por interés personal, trocar este título por el de Emperador.»

Los servidores del príncipe sintieron ciertos temores al ver que penetraba en las regiones del Mediodía, y estos temores fueron causa de que se adoptaran precauciones extremadas. Ya hemos visto que en los departamentos ribereños del Ródano se habían verificado numerosas prisiones, pero además la policía recibió instrucciones para proceder con rigurosa severidad. En algunos lugares, la administración, temerosa de que no hubiera entusiasmo, quería imponerlo; así por ejemplo, un bando del alcalde de Valence obligaba á los propietarios é inquilinos á que pusieran banderas é hicieran iluminaciones en sus casas, añadiendo aquel excelente magistrado que «se tomaría nota legalmente de las contravenciones á estas órdenes (2).» La actitud de las poblaciones demostró, sin embargo, muy pronto lo infundado de estas previsiones dictadas por la desconfianza; en efecto, Grenoble, Valence y el Delfinado recibieron á Luis Napoleón de igual modo que en 1815 habían recibido al propio Emperador. A partir de Valence, el presidente descendió el Ródano en una lancha de vapor: los contingentes de las aldeas se estrujaban en las orillas para verle; las ruinas de los castillos fortificados que en lo alto de las colinas se alzaban, aparecían adornadas con mástiles y gallardetes; y en el viejo puente del Espíritu Santo, engalanado y como rejuvenecido, levantábanse arcos de triunfo. A su llegada á Aviñón, la multitud, agrupada sobre las murallas y en la fortaleza de Villeneuve y amontonada en el antiguo puente de San Benezet, le vitoreó durante largo rato; y al día siguiente, en el vasto recinto de las Arenas de Arlés repitieron las aclamaciones con todo el entusiasmo meridional.

Igual acogida tuvo Luis Napoleón á su entrada en Marsella, en donde una circunstancia reciente hizo que la recepción fuese aún más calurosa. El día antes había encontrado en aquella ciudad, en una casa de la carretera real de Aix, una máquina infernal; y ese complot, descubierto tan oportunamente que los más malévolos creyeron que había sido organizado ex profeso, reavivó el sentimiento del peligro social y motivó que se aproximaran al Presidente los mismos que de buena

(2) *Journal des Debats*, de 27 de septiembre de 1852.

gana se habrían abstenido. A los homenajes de las corporaciones constituidas se unieron otras felicitaciones, habiendo Luis Napoleón recibido al legado del Papa, al enviado del rey de Nápoles y á una comisión de jefes árabes expresamente llegados de Argelia; en verdad, no se habría hecho más por un soberano. ¡Soberano! Ya lo era el Presidente desde aquel instante; así lo comprendía, y los gritos cada vez más entusiastas de «¡viva el emperador!» no daban lugar á la menor duda. Bajo la impresión de tan inesperada fortuna, pareció como que su impasible máscara se ablandara y se derritiera y que su alma se esforzara por elevarse al nivel de sus deberes y de sus honores. En efecto, las hermosas y cristianas frases que pronunció al inaugurar las obras de la nueva catedral que había de levantarse cerca del puerto de la Joliette, son una especie de acción de gracias á la Providencia:

«En todas partes, decía, me esfuerzo por sostener y propagar las ideas religiosas, las más sublimes de todas, puesto que guían en la fortuna y consuelan en la adversidad; pero mi gobierno, lo digo con orgullo, es quizás el único que ha sostenido la religión por la religión misma, y la sostiene no como instrumento político, no por complacer á un partido, sino únicamente por convicción y por amor al bien que inspira y á las verdades que enseña. Cuando vayáis á ese templo para atraer la protección del cielo sobre las personas que os son queridas y sobre las empresas que habéis comenzado, acordaos del que ha puesto la primera piedra de ese edificio y creed que, identificándose con el porvenir de esta gran ciudad, comparte con el pensamiento vuestras oraciones y vuestras esperanzas.»

Los amigos de Luis Napoleón abrigaban todavía un temor: los expedicionarios iban á pasar por el departamento del Herault, por Beziers, por Bedarieux, por todas esas ciudades famosas en las últimas luchas civiles. En Montpellier, en un baile popular, á los gritos de «¡viva el emperador!» se mezclaron algunos de «¡viva la amnistía!» «La amnistía, repuso el príncipe con benévola y conmovida firmeza, está en mi corazón tanto como en vuestros labios; procurad hacerlos dignos de ella con vuestra prudencia.» A despecho de las pasiones, no completamente apaciguadas todavía, el recibimiento fué en todas partes bueno y en muchos sitios caluroso. «El Herault ha hecho su coronación como los demás departamentos,» escribía el general André, que acompañaba al Presidente; pero á impulsos de un resto de desconfianza se contiene y añade: «Mas no importa, yo sigo vigilando, que en estas regiones meridionales, detrás del entusiasmo puede encontrarse el fanatismo.» La vigilancia, empero, iba siendo inútil y el mismo general no tardó mucho tiempo en comprenderlo así: «La presencia del príncipe, decía tres días después, hace como el sol, derrite el hielo (1).» Y en efecto, desde aquel momento el viaje fué un triunfo continuado; á cada etapa, las aclamaciones eran más ruidosas; los arcos de triunfo se multiplicaban y aun las más humildes aldeas querían tener el suyo; y en todos los mástiles, á lo largo de todos los gallardetes, en las fachadas de todos los edificios, leíanse inscripciones que reproducían

(1) *Correspondance du maréchal de Saint-Arnaud*, tomo II, páginas 390 y 391.

los mismos votos: «*Ave, Caesar Imperator! Ave, Ludovica Imperator, protector Francie! Fiat imperium! Vox populi, vox Dei!*» No menos expresivas eran las inscripciones en francés: «¡A Napoleón, salvador de la propiedad!» «¡A Napoleón Emperador!» Una, más ingenua que las otras, decía: «¡Qué felicidad el 2 de diciembre!» Aquel inmenso concurso de poblaciones agitadas producía el efecto de una de esas gigantescas farándulas que á veces se forman en las fiestas de aquellas regiones. Algunos prefectos, embriagados por el entusiasmo que habían ellos mismos excitado, perdían toda moderación y caían en las adulaciones más extraordinarias: «Sed bienvenido á este país en donde reinaron Carlomagno y San Luis;» así se expresaba el prefecto del Alto Garona al recibir al príncipe en Tolosa. Los sacerdotes y los obispos no se mostraban menos entusiasmados que el ejército, los funcionarios ó los aldeanos; pues tenían puesta en el nuevo soberano mucha confianza. El presidente escuchaba todas sus peticiones y oía con atención alentadora á los prelados que, como Monseñor de Bonnechose en Carcasona, le insinuaban algunas modificaciones de las leyes civiles ó de los artículos orgánicos (2); y á estas muestras de buena voluntad añadía los testimonios de su munificencia, que se traducían en donaciones á las iglesias ó á las casas rectorales y en promesas de créditos para la restauración y terminación de las catedrales. Algunos estaban tan encantados de estas generosidades, que se manifestaban deslumbrados por ellas, revelando en sus palabras cierta candidez; citaremos, entre otros, al venerable cardenal Donnet, el cual, en una carta dirigida á su clero, detallaba con piadosa prolijidad el número y el valor de los regalos, consistentes, según decía, en doce sillones de tapicería de Beauvais, «estimados en no menos de treinta mil francos,» en cinco mil francos para la reparación de un calvario y de un campanario, y además en dos ricos cuadros, cuyo precio se olvidó de consignar el respetable prelado.

Luis Napoleón, que en medio del entusiasmo general no había perdido el dominio sobre sí mismo, se preparaba para pronunciar el discurso solemne que debía al fin determinar los destinos de la nación y los suyos propios.

Este discurso lo pronunció en Burdeos, el día 9 de octubre, á la salida de un banquete que le había ofrecido la Cámara de Comercio; y en él, contra su costumbre, fué directamente á su objeto.

«Lo digo con una franqueza tan distante del orgullo como de la falsa modestia; jamás pueblo alguno ha demostrado de una manera más directa y más espontánea, más unánime, su voluntad de librarse de las preocupaciones del porvenir, consolidando en una misma mano un poder que le es simpático; y es que al presente conoce así las falaces esperanzas que le hacían concebir como los peligros que le amenazaban. Sabe que en 1852 la sociedad corría á su perdición y me agradece que salvara la nave sin más que enarbolar la bandera de Francia. Desengañado de absurdas teorías, el pueblo ha adquirido el convencimiento de que los supuestos reformadores eran soñadores simplemente, puesto que

(2) Véase Monseñor Besson, *Vie du cardinal de Bonnechose*, tomo I, pág. 310.

siempre existía inconsecuencia y desproporción entre sus medios y los resultados prometidos... Para hacer la felicidad del país no es menester aplicar nuevos sistemas, sino infundir ante todo confianza en el presente y seguridad en el porvenir. He aquí por qué Francia parece querer volver al Imperio.»

Al fin se había pronunciado la gran palabra; pero in-

minan tantas causas de muerte, puede decirse la verdad: ¡Ay del primero que diese en Europa la señal de una colisión cuyas consecuencias serían incalculables!»

Al oír este lenguaje de tan pacífica altivez, estallaron ruidosas aclamaciones que se prolongaron durante largo rato; y al entusiasmo se mezcló la emoción cuando el príncipe, prosiguiendo su discurso, trazó con frases sober-



Recepción de Luis Napoleón en París después de su viaje á los departamentos

mediatamente Luis Napoleón, con insinuante habilidad, se anticipaba á la objeción que se le podía hacer.

«Hay un temor al cual debo contestar: ciertas personas, por espíritu de desconfianza, se dicen: El Imperio es la guerra. Mas yo digo: *El Imperio es la paz*. Si, la paz, porque Francia la desea, y cuando Francia está satisfecha, el mundo permanece tranquilo. La gloria se transmite por título hereditario; la guerra no. ¿Por ventura los príncipes que se honraban justamente de ser los nietos de Luis XIV han reanudado las luchas de éste? La guerra no se hace por placer, sino por necesidad; y en estas épocas de transición en que por todas partes al lado de tantos elementos de prosperidad ger-

bias el programa de su gobierno futuro, plan grandioso de un edificio que, por desgracia, no se construyó jamás.

«Como el Emperador, he de realizar varias conquistas, convengo en ello; como él quiero conquistar para la conciliación á los partidos disidentes y conducir de nuevo á la corriente del gran río popular las derivaciones hostiles que se pierden sin provecho para nadie.

«Quiero conquistar para la religión, para la moral, para el bienestar, á esa parte, tan numerosa todavía, de la población que en un país de fe y de creencias apenas conoce los preceptos de Jesucristo, que, en el seno de la tierra más fértil del mundo, puede disfrutar apenas de sus productos de primera necesidad.

»Tenemos inmensos territorios incultos que roturar, caminos que construir, puertos que abrir, ríos que hacer navegables, canales que terminar, y hemos de completar nuestra red de ferrocarriles. Delante de Marsella tenemos un vasto reino que ha de ser asimilado á Francia; hemos de aproximar nuestros grandes puertos del Oeste al continente americano, mediante la rapidez de esas comunicaciones de que todavía carecemos; en fin, en todas partes se nos ofrecen ruinas que reedificar, falsos dioses que destruir, verdades que hacer triunfar.

»Así comprendería yo el Imperio, si es que el Imperio ha de restablecerse; tales son las conquistas que medito, y vosotros, todos los que me escucháis, todos los que queréis como yo el bien de nuestra nación, sois mis soldados.»

Era imposible expresarse mejor, y en adelante quedaba agotado todo el interés del viaje. El día 10 de octubre, el telégrafo transmitió á París la arenga presidencial, el *discurso de Burdeos*, como se le denominó en seguida, produciéndose entonces una emoción no artificial ó provocada, sino sincera y profunda, tan digno, conciliador y leal parecía aquel lenguaje. Muchos, aun entre los más malévolos, se reprochaban su hostilidad como una injusticia y se preguntaban, en medio de la ansiedad de su conciencia, si convenía seguir poniendo mala cara á un reinado que se anunciaba bajo tan buenos auspicios. En cuanto á la República, ¿quién podía pensar ya en ella, dadas estas nuevas coyunturas? A lo sumo se le otorgaba el honor de una última mención desdeñosa y burlona, y los más liberales decían: «Vemos friamente su muerte; su fallecimiento no nos contrista; su vida nos ha afligido.» En el entretanto, la autoridad pública, secundada por el celo privado, preparaba al presidente, para cuando regresara, un recibimiento digno de él. Y el momento del regreso se acercaba: Luis Napoleón visitaba rápidamente Angulema, Rochefort, La Rochela y Tours; hacía un último alto en Amboise, y para impresionar á la opinión con un nuevo acto ruidoso, anunciaba desde allí al prisionero Abd-el-Kader que se le daba la libertad. El 16 de octubre, á las dos de la tarde, llegó á París.

En la capital fué recibido con todas las pompas oficiales; todos los cuerpos constituidos habían acudido á la estación de Orleáns para saludarle; los estampidos del cañón se mezclaban con el repique de las campanas, y los acentos de las músicas militares alternaban con las armonías de las cantatas. En la plaza de la Bastilla, el presidente del Consejo municipal, Sr. Delangle, le dió la bienvenida: «La voz del pueblo, dijo, pide que vuestro poder se afirme, á fin de que la estabilidad del presente sea la garantía del porvenir.» Iguales deseos expresó el prefecto del Sena. En la larga línea de los bulevares, los teatros, los edificios públicos y hasta algunas tiendas se habían adornado con arcos de triunfo, en uno de los cuales se leían esos versos de Virgilio:

*Dii patrii indigetis...
Hunc saltem everso juvenem succurrere sacro
Ne prohibete.*

Pero más aún que los versos del poeta daban á la fiesta su verdadera significación los gritos repetidos en la multitud. En medio de este aparato fué llevado Luis Napoleón hasta el palacio de las Tullerías; pero por la

noche, fatigado por tantos homenajes y ansioso de recogimiento y de descanso, se sustrajo á todas esas ovaciones y se marchó al palacio de Saint-Cloud.

III

Al día siguiente de esta famosa jornada, se leía en el *Monitor*: «La brillante manifestación que en toda Francia se hace en pro del restablecimiento del Imperio impone al presidente el deber de consultar al Senado.»

Reunióse éste el 4 de noviembre. Todo había sido combinado á fin de abreviar los procedimientos, y para evitar cualquier retraso ó torpeza, habíanse repartido los papeles de antemano. Así que empezó la legislatura extraordinaria, diez senadores, escogidos entre los más respetables, presentaron un proyecto que modificaba la Constitución y absorbía decididamente la República en el Imperio, el cual proyecto fué comunicado al gobierno por el ministro de Estado y por él devuelto al Luxemburgo media hora después. «El gobierno, declaró el ministro, no se opone á que el proyecto sea tomado en consideración (1);» y en vista de esta respuesta, que ya se preveía, se nombró la comisión correspondiente. El Sr. Troplong, á quien se confió la ponencia, no se hizo esperar; como su trabajo estaba ya esbozado si no terminado por completo anticipadamente, el día 6 de noviembre lo leyó en el Senado.

Era una obra larga, llena de erudición, escrita en estilo pomposo y con ideas que tendían á la profundidad. Comenzaba naturalmente insistiendo «en la inmensa petición de todo un pueblo que había acudido á saludar á su libertador, en aquel plebiscito anticipado, salido del corazón de millones de agricultores y de obreros, de industriales y comerciantes...» «Después de las grandes conmociones políticas, seguía diciendo el ponente, sucede siempre que los pueblos se arrojan gozosos en los brazos del hombre fuerte que la Providencia les envía: el cansancio de las guerras civiles creó la monarquía del vencedor de Actium; el horror de los excesos revolucionarios, tanto como la gloria de Marengo, elevó el trono imperial. En medio de los peligros de la patria, este hombre fuerte ha reaparecido el 10 de diciembre de 1848 y el 2 de diciembre de 1852, y la Francia le ha confiado su bandera, próxima á perecer.» Después de esta corta teoría del cesarismo, el Sr. Troplong ofrecía á los republicanos consuelos que éstos, en verdad, no esperaban: «La monarquía imperial, decía, tiene todas las ventajas de la República y ninguno de sus peligros. A los demás regímenes monárquicos se les ha acusado de haber puesto el trono demasiado lejos del pueblo...; pero el Imperio, más fuerte que la República en el terreno democrático, ha sido el gobierno más energicamente sostenido y más vivamente añorado por el pueblo. El pueblo, sobre todo, es quien lo ha hecho revivir en su memoria para oponerlo á los sueños de los ideólogos y á los experimentos de los perturbadores.» El Sr. Troplong, completamente satisfecho de su argumento, vuelve á utilizarlo con complacencia cada vez más acentuada: «He aquí por qué, añadía, la monarquía napoleónica absorbió una primera vez y ha de absorber una segunda á la República. La República está virtual-

(1) *Procès-verbaux du Sénat*, 1852, tomo II, págs. 20-22.

mente en el Imperio, á causa del carácter contractual de la institución y de la delegación expresa del poder por el pueblo.» Después de esta sutil apología el ponente se extendía en largas consideraciones sobre «la idolatría de la igualdad,» sobre «los sueños de los incorregibles innovadores,» sobre la democracia griega y particularmente sobre la romana. Y al fin se decidía á formular la conclusión, que consistía en la adopción de un senadoconsulto que restableciese la dignidad imperial en favor de Luis Napoleón Bonaparte y de su descendencia. Este senadoconsulto, sin embargo, no había de producir pleno efecto hasta después de ratificado por el sufragio universal (1).

Terminada la lectura de la ponencia, procedióse inmediatamente á la votación, siendo la proposición aprobada por 86 de los 87 senadores que había en la cámara: sólo uno se abstuvo, el Sr. Vieillard, preceptor que había sido del príncipe. Quizás inveteradas repugnancias le vedaron contribuir á una restauración de la monarquía; acaso también, conociendo como conocía á su antiguo alumno, había adivinado en éste esas peligrosas ligerezas, esas obstinaciones acompañadas de indecisión que habían de hacer de él, á pesar de sus grandes cualidades, un soberano funesto.

Por mucho que se abreviaran los trámites, aún parecían éstos demasiado largos á los cortesanos. Todos los cuerpos del Estado, rivalizando en celo y en énfasis laudatorio, multiplicaban sus representaciones. *El Imperio es la paz*, había dicho el presidente en Burdeos; y la frase había hecho fortuna y era repetida en todas partes. Los periódicos oficiales no cesaban de publicar detalles sobre los individuos de la familia Bonaparte, dispersos desde hacía mucho tiempo en el extranjero y completamente desconocidos en Francia, excepción hecha del rey Jerónimo y de su hijo. Entretanto, convocábase á la nación para que acudiera á los comicios en los días 20 y 21 de noviembre, y era preciso, para el honor del nuevo reinado, que no empañara la menor sombra el éxito. El *Monitor* se esforzaba más que nunca en combatir los rumores de toda clase que seguían circulando, sin que se pudiera saber con certeza el origen de los mismos, y ora desmentía la noticia de nuevos impuestos, ora procuraba tranquilizar á los empleados ministeriales, alarmados respecto de la propiedad de sus cargos, y recordaba además las penas severas con que se castigaba la propagación de noticias falsas, aun siendo publicadas de buena fe. En cuanto á los prefectos, todos querían que su departamento fuese el primero: unos, haciendo esperar indultos tan amplios que casi serían una amnistía, se dedicaban á atraerse á las mismas familias de los proscritos; otros, especulando con el nombre de Napoleón, se esforzaban en excitar la fibra patriótica; otros, como el del Alto Garona, anunciaban ya que los resultados de las votaciones se grabarían en bronce y mármoles; y todos combatían la abstención, único peligro que era de temer. A los esfuerzos de los prefectos juntábanse en muchos sitios los de los obispos, y hoy produce en nuestro ánimo cierta confusión la lectura de las pastorales de esos graves personajes, que no encuentran en los Libros Sagrados tér-

(1) *Procès-verbaux du Sénat*, 1852, tomo II, págs. 27 y siguientes.

minos bastante expresivos para alabar «al hombre de la diestra de Dios, al instrumento de las bondades de la Providencia (2),» y que se declaraban plenamente tranquilos respecto del porvenir. Según uno de ellos, las palabras de Luis Napoleón eran «quizás las más hermosas que jamás hubiesen salido de los labios de un príncipe cristiano (3).» Algunos, sin embargo, mostrábanse más reservados en sus pronósticos ó menos fogosos en sus admiraciones; por ejemplo, Monseñor Dupanloup, quien publicaba por aquel mismo tiempo una previsora pastoral sobre la *Libertad de la Iglesia*.

El estado de la opinión y el rigor de las leyes no permitían en Francia que se afirmaran las minorías republicana ó realista. En el extranjero, los refugiados revolucionarios y socialistas, protegidos por la libertad del destierro, denunciaron con anticipación y en términos de violencia extraordinaria la prueba suprema en que iba á sucumbir la República. El *Comité revolucionario* de Londres excitaba á todos los demócratas á que «estuvieran dispuestos á todo y en cualquier instante, á que conspiraran con valor y prudencia y á que no se dejaran sorprender como el 2 de diciembre.» «Estad siempre apercebidos á alzaros y á herir, decían los delegados de la sociedad *La Revolución*; enfrente de un tirano y de un asesino, este es el único deber que debe cumplirse.» En cuanto á los proscritos refugiados en Jersey, sus resentimientos habían sido sintetizados por Víctor Hugo en una sola frase: «Todo ciudadano digno de este nombre no tiene que hacer más que una cosa, cargar su fusil y esperar.»

Mientras los vencidos del golpe de Estado exhalaban de este modo su impotente rabia, el conde de Chambord, en un manifiesto de muy distinto carácter, proclamaba el derecho monárquico é invocaba la antigua fe de los legitimistas, un tanto deslumbrados por la fortuna del nuevo Imperio. El lenguaje del augusto desterrado era firme, sin cólera y sin ilusiones, cosa muy rara esta última tratándose de los realistas. «Ignoro, decía con una emoción algo descorazonada, si me será dado volver á ver algún día mi patria; pero estoy segurísimo de que no tendrá que echarme en cara ni una palabra, ni un acto atentatorio á su prosperidad y á su reposo...» Con severidad que entonces pareció excesiva condenó el nuevo régimen: «No os abandonéis á ilusiones que tarde ó temprano os serían funestas: el nuevo Imperio que se os propone no podrá ser la monarquía templada y duradera... Se engañan y os engañan; el genio y la gloria de Napoleón no pudieron fundar nada estable, y menos podrían hacerlo su nombre y su recuerdo, que no se restablece la seguridad destruyendo el principio sobre que se asienta el trono.» El final del manifiesto hallábase impregnado de una tristeza serena y grandiosa: «Cualesquiera que sean los designios de Dios sobre vosotros y sobre mí, yo, jefe actual de la antigua raza de vuestros reyes, heredero de esa larga serie de monarcas que durante tantos siglos han acrecentado incessantemente y hecho respetar el poderío de Francia, estoy obligado conmigo mismo, con mi familia y con mi patria, á protestar en alta voz contra combinaciones falaces y llenas de peligros. Mantengo, por consiguiente,

(2) Carta pastoral del obispo de Saint-Flour.

(3) Carta del obispo de Nancy.